

Otra teoría del País Vasco

El País, 1984-04-08.

Es correcto, como lo hace Fusi en su conclusión,* decir, con Saint-Just, que "hay algo de terrible en la idea de patria: la exaltación emocional y exclusivista de tal idea es la tentación de todo nacionalismo (y lo es también del vasco)", y también es correcto advertir, con La Bruyère, que "no hay patria en el despotismo", pero lo que no es correcto es atribuir en exclusiva las aberraciones del patriotismo y del nacionalismo a los vascos.

Yo diría más bien que somos los vascos los que hemos sido las víctimas de estos dos exaltados frutos del nacionalismo y del patriotismo, y no sólo a partir del siglo XIX, sino desde más antiguo.

No tenemos que remontarnos mucho, sin embargo, para dar un ejemplo que nos acerca en la experiencia a los dos: a Fursi y a mí.

Antes, los grandes Estados podían mantener pueblos enteros al margen de la historia, que escribían a través de sus secretarios y cronistas a sueldo; bastantes vascos entre ellos, como manda la teoría expuesta en *El príncipe*, de Maquiavelo, tomando como modelo a un monarca español de su tiempo, con la diferencia en estos últimos 50 años de que los medios de comunicación han dejado los testimonios al descubierto, a pesar de los esfuerzos que hizo el déspota para quemar libros, imponer la censura, matar a mansalva con aliados feroces y extranjeros, y poquito a poco, luego en batallones de trabajo al aire libre y en negras cárceles sin aire durante años y años.

Sabemos de nuestro pasado reciente mucho más de lo que nos dejó el pasado lejano.

Aquí, el castigo alcanzó a todos los pueblos del Estado, pero es conocida la saña con que distinguió al nacionalismo, tanto al vasco como al catalán, pero particularmente al nuestro. Este nacionalismo no es sólo catalán ni vasco, sino un fruto de finales del siglo XVIII en el resto de Europa; que tiene raíces más antiguas, pero que sólo ahora surge con la connotación de un apego particular al suelo nativo, a sus tradiciones y a sus lenguas, y con un carácter nuevo, que algunos historiadores le han señalado la categoría de "uno de los grandes (si no el mayor) poderes determinantes de la historia". Un ejemplo vasco de este tiempo es Larramendi, según un libro suyo recién publicado. Sin embargo, es cierto, como dice el profesor [?] dice que en Euskadi no hay una *conciencia homogénea* del sentimiento nacional vasco; hay muchas razones que explican el fenómeno aquí y en las demás nacionalidades europeas sin Estado.

También convengo en que este pluralismo actual –en lo étnico, lo lingüístico y lo político– ha creado una identidad dinámica en nuestra nacionalidad. De aquí que busquemos establecer un bilingüismo que corresponda a esta realidad social. Pero para que una población sea bilingüe hace falta que los dos sectores hablen las dos lenguas; y cuando, después de siglos de marginación, apenas comenzamos a introducir el *euskera*

* Arazo teknikoengatik, idazlan hau ez dago osorik. Hutsuneen lekuan '[?]' adierazpidea erabili dugu.

en la escuela, en los medios de comunicación y en los servicios, se nos reprocha que comencemos a exigirla para algunos empleos. Se están produciendo reacciones estupendas de gentes venidas de otras regiones, y sobre todo sus hijos, en el camino de la sana convivencia de las dos lenguas; pero se dan en los partidos centralistas que funcionan en este país actitudes no sólo insolidarias con la letra y el espíritu del estatuto aprobado en Madrid, sino demagógicas y disgregadoras, recordando a la inmigración su origen y la obligación moral de votar contra estos intereses mínimos del *euskera*.

Así, vuelvo a coincidir con el profesor Fusi cuando saluda esta convivencia como benéfica, como estoy con él en el espíritu que animan sus dos citas.

Pero todo esto ante el hecho evidente de que los vulnerados aquí somos los vascos.